

la fortuna y la posición de los Rezén y Sandoval, y su vanidad encontraba así plena satisfacción.

Estaba en la plenitud de la felicidad. Alfonso le daba todo el gusto que podía esperar, y se complacía en permitirle todos los excesos de lujo que su fantasía alcanzaba a imaginar. Los precios elevadísimos del azúcar aumentaban a diario su riqueza, y nada le parecía demasiado para que su mujercita brillara en aquel mundo de sus ilusiones, deslumbrando con la suntuosidad de sus trajes y el esplendor de sus joyas.

Pasaban los meses calurosos del año en las montañas canadienses o en las de New Hamshire, ya que la guerra les impedía hacerlo en los elevados valles suizos. Su regreso constituía un acontecimiento en la sociedad habanera, que se vitalizaba con la llegada de Ysabel, siempre dispuesta a organizar suntuosas fiestas de caridad, elegantes veladas musicales o fastuosas recepciones.

El nacimiento de su hija María Elena apenas si interrumpió esa vida agitada durante el corto tiempo en que discretamente hubo de retraerse en su hogar, pues bien pronto la tomaron a su cargo, primero la nodriza cubana y luego Miss Cameron, excelente institutriz inglesa.

Así discurrió la vida de Ysabel, alegre, despreocupada, mientras el mundo se desangraba en una guerra que abarcaba los cuatro continentes, y millones de seres luchaban con un destino cruel.

Pasaron los años. Grandes acontecimientos que habrían de torcer para siempre el destino de la humanidad se sucedieron con rapidez. Cayeron tronos seculares, y abatidos por balas de asesinos o de revolucionarios bajaron al sepulcro los cuerpos de elevados personajes. En el libro de la historia quedaron grabados nombres y fechas que habrían de marcar otros tantos hitos en los anales de la civilización. En las conversaciones del gran mundo, y del pequeño también, entraron nombres antes no conocidos: Verdun... Petain... Foch... von Hindenburg... Pershing... Lenin... Brest Litvosk... Chateau-Thierry... Wilson... Mussolini...

Habían regresado a la Habana después de uno de sus frecuentes viajes a Europa, reanudados tan pronto lo permitió la terminación de la guerra.

En sus habitaciones particulares, Ysabel se preparaba para asistir al baile de la Condesa de Veronil con que se iniciaba, como siempre, la temporada de invierno.

Acababa de abrocharle Ninette, su doncella francesa, un señorial traje, muy de su estilo, de encaje negro, tenue como una telaraña, cuyo atrevido escote permitía admirar sus hombros estatuarios.

—*Comme est Madame épatant, belle a ravir!*
—exclamó Ninette haciendo grandes aspavientos.

Belén, la vieja criada de la casa, unió su voz a la de Ninette.

—¡Ay, mi Santa, qué cosa ma mona e su mesé... en toa mi vía quieo yo ve naa maa encantao! ¡Qué va tú! le desía allé mimo a esa morena caretua que sive a la seña Conchita. ¿Qué te cré tú que tu ama e bella? ¡Qué va vieja, qué va de cuando eso...!

—¡Bueno, Belén, basta, no hables tanto que me tienes atarantada! ¡Vete a tus quehaceres!—le ordenó Ysabel, mientras contemplaba satisfecha su silueta reproducida hasta lo infinito en los espejos que del suelo al techo cubrían las paredes de su cuarto-tocador.

—¡No estoy del todo mal!—suspiró con satisfacción, dando un último toque a sus cabellos, que ceñía con un regio broche de brillantes y rubíes haciendo juego con sus brazaletes.

Se acercó a la puerta que comunicaba con el departamento de su esposo, dió unos golpecitos y, sin esperar contestación, entró en el *fumoir*.

Alfonso dormitaba con la cabeza recostada en el respaldo del amplio sillón de cuero, y al suave rumor de los pasos de Ysabel se incorporó sobresaltado.

¡Oh calamidad...!—se dijo ella con impaciencia al notar que todavía estaba a medio vestir y que la miraba con el gesto de cansancio y hastío que le anunciaba el ruego que segu-

ramente le haría de que permanecieran en casa. Pero disimulando su molestia le dijo sonriente:

—No me vayas a decir que no quieres ir. No quisiera perder ese baile. ¡Mírame! ¿No te parece que sería una lástima dejar de lucir esta bella creación?

Y daba vueltas frente a él con coquetería.

—¡Claro que iremos, si tú tanto lo deseas! —le contestó cortés como siempre, y haciendo un esfuerzo por aparecer jovial se puso de pie y tomándola por una mano agregó con galantería:—¡Qué bella luces, no habrá ninguna en la fiesta que te iguale siquiera...! Serías perfecta si no encontraras necesario salir todos los días y a todas horas, sin darte reposo. Confieso que a mí esta barahunda social ya me aburre hasta más no poder.

—¡Qué cosas dices, Alfonso!—murmuró Ysabel con un tono de niña consentida, y haciendo un mohín encantador.—¡Si ya casi no salimos a nada! Mira: sin ir más lejos, anteayer te negaste a llevarme a casa de Lolo, al «debut» de su hija Cheita, lo cual fué una lástima, pues dicen que estuvo colosal. Tan sólo el decorado de flores costó una fortuna. También perdimos, mmm... déjame ver... ah sí, ya recuerdo, la apertura del Jockey Club y el gran baile del Country...

—¡Bueno, sí!—la interrumpió Alfonso con un dejo de impaciencia en la voz—. Pero sa-

bes que hace días no me siento con deseos de salir y tú podrías muy bien conformarte con asistir a diario a esos almuerzos o téés, seguidos de *bridge* o *Mah-Jong*, que tanto entretienen a las mujeres...

—Creía que a tí te complacía salir a sociedad tanto como a mí—murmuró Ysabel entre sonriente y amoscada.

—Sí, Ysabel, siempre había sido así; pero ya ves, aunque me duela debo confesar ahora que me estoy haciendo viejo y para eso no hay remedio.

Cortó Ysabel la conversación al advertir que Marcial, el ayuda de cámara de su marido, había entrado y esperaba impasible, cual un muñeco autómatas que ni ve ni oye.

—¡Allá abajo te espero!—se limitó a contestarle—. Procura darte prisa, porque si no, llegaremos cuando la fiesta ha terminado.

Minutos después su elegante *limousine* corría por las calles del Vedado, dejando atrás suntuosos palacios y *chalets*. Con la cabeza apoyada en el respaldar del asiento y los ojos cerrados, Alfonso dormitaba sin pronunciar palabra, mientras Ysabel lo observaba.—¡Qué cambiado está, pensaba. ¿Estará enfermo o tendrá alguna nueva manía? ¡Siempre ha sido raro; pero lo que es ahora está simplemente neurasténico!

¿Desde cuándo había empezado a distanciarse de Alfonso, a perder la convicción de que for-

maban una sola alma de idénticos gustos y anhelos; y a no importarle poco ni mucho lo que pudiera hacer su esposo? No sabría decirlo. Tan paulatinamente se había operado el cambio.

Sonrió con cierta amargura al pensar que Alfonso y ella eran considerados, en todas partes, una pareja perfecta, la pareja modelo de la alta sociedad que frecuentaban. El le dispensaba, tanto en público como en la intimidad, los miramientos más cumplidos, mientras con discreción, guardando las apariencias, llevaba una vida aparte, en la cual derrochaba fortunas. Satisfecho encontraba su plan de vida completamente normal.

Todavía sentía afecto por este niño grande, bastante excéntrico, que por lo menos nunca había cambiado de modo de ser para con ella, de estudiada cortesía y completa tolerancia, aunque ahora tan sólo lo practicara de una manera automática. En un arranque de íntima sinceridad consideró que a ella podía caberle alguna culpa en el alejamiento de su esposo; pero fué fugaz su contricción, pues con esa indulgencia que guardamos siempre para nuestras propias faltas, se dijo: ¡Bah, él es muy raro y después de todo, yo no podía tolerar ciertas cosas!

Y con decisión apartó de su mente hechos que aún ahora la mortificaban.

Disculpaba aún sus devaneos.

La verdad es que Alfonso era Alfonso, y las

frívolas mujeres que en gran mayoría lo rodeaban eran tan amables, condescendientes y graciosas, que... ¡vamos!—se decía—hubiera tenido que ser un San Antonio para resistir tamañas tentaciones, y además no iba a pasarse la vida en eterna luna de miel.

Sentía hoy, porque sí, que el destino, de una manera taimada, se había burlado de ella y que nunca había alcanzado la verdadera dicha.

Cuando llegaron frente a la amplia escalinata de mármol y cruzaron el pórtico de altas columnas dóricas, se encontraron envueltos por el grato ambiente que fascinaba a Ysabel. Complacida, ufana, sabiéndose la más bella, la más celebrada, se sintió feliz, sin que el malestar que pudiera sufrir su esposo fuera óbice para su alegría.

*

A pasar la época del Carnaval llegaron a la Habana, a fines de marzo, el señor conde de Chateaupriel, su muy distinguida condesa, Elena, y sus dos hijos. Con ellos llegó también Francois, marqués de la Rochambelle, primo de Raoul.

Lo había conocido Ysabel durante una alegre temporada que había pasado con su esposo en el castillo de los Chateaupriel, en el sur de Francia. No se parecía a Raoul—un gigantón de seis pies de altura, cabellos castaños y mo-

dales apacibles—; delgado, moreno y de mediano tamaño, tenía los ojos inquietos y alegres como su carácter. Había formado parte del festivo grupo que, durante aquellos meses que recordaba con agrado, había recorrido junto con ella, Alfonso, Elena y Raoul, los encantados castillos del Loire y las elegantes playas de la costa cantábrica. Gran deportista y excelente bailarín, se destacaba en las canchas de *tennis* y cosechaba aplausos en las *boites* de lujo con sus tangos y sus rumbas.

—Vine—había dicho a Ysabel al llegar—porque con tanto oír alabarla ardía en deseos de conocer tu maravillosa isla.

Pero luego, aquella noche, mientras bailaban un romántico danzón, le murmuró al oído, con la cadencia que inconscientemente imprimía a su voz cuando estaba a solas con ella:

—¿Por qué no te quedaste en Londres para la Coronación... eh, *petite Sauvage*?

La llamaba así, en broma, desde que un ignorante petimetre, creyendo quedar muy bien, había exclamado al ser presentado a Ysabel:

—*¡Non, il n' est pas possible que cette exquisite blonde vienne de l'Amérique Centrale... Ma fois...* si todos allá, según entiendo, son indios o mestizos!

—¡Sí, sí, ya sé!—continuó, sin darle tiempo para contestar—pretextaste que tu tía Luisa te llamaba porque se sentía muy enferma. *¡Farceuse!* Luego supe, por casualidad, de su perfecta salud.

Ysabel se disculpó riendo:

—¡Si yo no tuve la culpa. Fué una inocente treta de tía Luisa para lograr que pasara con ella la época de Pascuas, con la niña, que es todo su querer; pero francamente te confieso que me apresuré a complacerla porque preferí asistir a la apertura de la Opera Metropolitana y a los demás estrenos de la temporada neoyorquina.

—¡Y yo que me venía haciendo la ilusión de ser la causa de tu huída!—le dijo sonriendo y se quedó extasiado contemplándola.

—Sabes?—le susurró—el día que te conocí creí comprender por qué había nacido! No, no te ofendas... déjame hablar. Vine aquí arrastrado por el irresistible anhelo de verte por última vez. En el mundo se agitan fuerzas extrañas que irremisiblemente nos llevarán a una nueva guerra. Yo debo partir en breve para el Oriente a cumplir una misión. Es casi seguro que no regresaré... y no quise alejarme sin verte una vez más, sin estar a tu lado unos minutos siquiera y llevarte en mis brazos como en las noches inolvidables en que bailábamos al son de los acordeones en el Casino de Biarritz.

Ysabel intentó cortar sus palabras, alejarse; pero él la detuvo por una mano, mientras murmuraba:

—¡Perdóname, Ysabel... comprendo que te he herido, cuando tan sólo deseo adorarte con veneración...!

Y se alejó de su presencia.

Al día siguiente, por la tarde, estaban Raoul, Ysabel y Francois tendidos perezosamente en largos sillones, en la ancha terraza situada frente a la piscina. En el fondo del parque, entre arbustos y mazos de vívidas flores, que crecían en abundancia tropical, se distinguía el cuadrilátero gris de la cancha de *tennis* adonde jugaban un reñido *match* Alfonso y Elena con Julio y Conchita Pentanel, sus íntimos amigos. Agiles corrían de aquí para allá agitando las raquetas. Hasta la terraza llegaban las exclamaciones de triunfo o despecho que lanzaban según los lances.

Hacia un lado, bajo los árboles que formaban espeso bosquecillo, en un rincón del jardín, tres niños se perseguían en alegre juego, con gorjeos de pajarillos. Miss Cameron, la institutriz de María Elena, sin quitar la vista de su pupila, milagrosamente se arreglaba para tejer sin cesar y mantener una interminable conversación con la *gouvernante* de los condesitos.

—¡Cómo ha crecido tu hija... y cada día está más preciosa!—comentó Raoul.

—Tiene de quién sacarlo, es tu vivo retrato, Ysabel, un óleo tuyo en sepia, pues tiene el colorido de su padre—intervino Francois.

—Gracias por el cumplido. Yo, en cambio, declararé muy sinceramente que jamás he visto niños más perfectos que los tuyos, Raoul—ru-

bios y espigados, tal como se figura uno que deben ser los principitos.

Interrumpió esta conversación un criado avisando a Raoul que lo solicitaban en el teléfono.

Largo rato permanecieron en silencio Ysabel y Francois. Con los ojos entrecerrados, Ysabel parecía tender su mirada lejos, muy lejos, como si pretendiera adivinar los secretos del universo. A su lado Francois contemplaba ensimismado los círculos azulados que dibujaba el humo de su cigarrillo.

—¡Tú no eres feliz, Ysabel!—le dijo de pronto rompiendo el silencio.

—¡Claro que no, cómo podría serlo... Figúrate que el odioso de mi modisto no me terminó el traje que pensaba lucir esta noche!—le dijo intentando desviar el rumbo de la conversación.

—¡Déjate de payasadas... hablo muy en serio... a otros podrás engañar, a mí no. El inmenso cariño que te tengo ha acercado tanto mi alma a la tuya que puedo leer en tus ojos, en tus gestos, en la manera misma de sonreír y hablar, cómo se siente tu espíritu. Tu marido, gran caballero, pero de otra generación, no puede comprender los gustos de las gentes de nuestra edad. ¿Recuerdas aquel fin de semana que pasamos con nuestro grupo en San Juan de Luz? Fué entonces cuando comprendí qué lejos estaban el uno del otro y cuánto sufres con eso.

Tú no puedes dejar de ser lo que eres... una mujer llena de vida y de ilusiones y...

—¡Vamos, te has propuesto hoy dártelas de clarividente! Además, aunque tuvieras razón, te advierto que si sigues por ese camino me voy a enfadar contigo.

—¡Gracias a Dios, ahí viene ya Raoul!—se dijo.—¡El pobre Francois, realmente está muy enamorado de mí... qué incomodidad, qué fastidio! No quisiera lastimar su susceptibilidad; pero de alguna manera habré de evitar que persista en su necio empeño...

¡Pero qué transitorios son a veces los mejores propósitos!

A los pocos días, a tiempo que bailaba con Francois, se quejó Ysabel:

—¡Qué calor más insoportable hace hoy!

—En la terraza hace un fresco delicioso. ¿Quieres que vayamos?—le propuso él.

No se detuvo a considerar si sería discreto. Estaba segura de sí misma, de su poder para dominar cualquier situación. No era la primera vez que había disipado con una frasecita irónica, quizás con una sonrisa desdeñosa, los apremios de algún audaz.

El jardín parecía dormir; tan sólo se percibían en la fragante penumbra, el leve susurro de las hojas que se estremecían al soplo de suave brisa, y el apagado rumor de la música que llegaba desde el salón. Entre los árboles

brillaba una luna enorme, y a su derredor las estrellas diminutas y numerosas parecían cubrir el firmamento como turbonada de argentado polvo.

Estaba hermosa, muy hermosa, con su vaporoso traje color de agua clara que acentuaba el oro de su cabellera. Sonrió sin saber de qué, y el centelleo de sus dientes iluminó la rosa encendida de su boca.

—¡Eres demasiado bella, Ysabel, y yo... pobre de mí, me consumo en la llama de tus encantos!

Reclinada sobre la balaustrada de mármol que circundaba la terraza no parecía escuchar sus palabras. Sobre cogida por un sentimiento extraño, daba vueltas a su abanico para ocultar su turbación. Sentía, de pronto, una indecible melancolía, y sorprendida se dió cuenta que la entristecía la próxima partida de Francois.

—¡Cuántas estrellas!—dijo para no dar pábulo a estos sentimientos.—¿Será verdad, Francois, que cada una de ellas es un mundo poblado de extraños seres?... Yo preferiría que no fuera así, me agradaría mucho más saber que han sido creadas tan sólo para acrecentar el hechizo de la noche, o que fueran quizás la emanación de todos nuestros ensueños.

Estaba tan bella así, mirando hacia la altura, con una transparencia en el rostro que le prestaba sobrenatural encanto, que Francois sintió

que una profunda emoción conmovía su alma y sin poderlo evitar murmuró:

—¡No puede ser, Ysabel, que me aleje de tí para siempre... no me resigno a perderte! Yo no he sido del todo franco contigo. Mi misión al desierto no está resuelta definitivamente. Yo había pedido dos meses para decidirme. De tí depende, Ysabel... tú decides de mi suerte... ¡No hables—continuó muy quedo—no me contestes ahora! Leo en tus ojos una negativa. Concédeme siquiera la gracia de pensarlo. Debo partir para Francia pasado mañana; pero si tú quisieras... me escribes una palabra, una tan sola... y te esperaré en París.

Le tomó una mano que intentó besar y que ella retiró con presteza.

Agitada Ysabel por intensa emoción se acercó a la escalinata y sin saber lo que hacía descendió al jardín, y trémula, anhelosa, aspiró el frescor de la noche.

La siguió y ambos se quedaron sobrecogados, mirándose en silencio.

Un embriagador perfume emanaba de los setos de gardenias y lirios que parecían reflejar la claridad lunar. Aquella noche la tierra exhalaba un aliento voluptuoso como si fuera el efluvio de su propia emoción.

Ella lo miraba con sus grandes ojos rasgados, ojos de ensueño, mientras se dejaba llevar

por un sentimiento de apasionada vehemencia que afluí a su alma y la invadía de temerosa felicidad. Se sentía otra mujer, una que en este mismo instante comenzara a vivir, y en lo más recóndito de su ser latía gozoso con violencia su corazón.

Entonces el fulgor que tanto había deseado ver Francois, brilló de pronto en las pupilas de Ysabel.

Loco de dicha, la estrechó entre sus brazos.

—¡Ysabel... Ysabel!—exclamó con pasión.

—¡Ysabel... Ysabel!—repetía, como un eco, la voz de Conchita.—¡Ven, hija, ven que tu marido te busca! Ya se marchan los Godifleur, o como sea que se llaman esos personajes... ¡Qué loquita eres! ¿No podías escoger sitio más aparente para representar comedias de amor? Parecíais Francesca de Rímini y su amante... no os faltaba más que el *corps de ballet*. ¡Siempre lo he sostenido, cuando una de estas santurronas flaquea... bueno, no te sonrojes tanto, un chasco le pasa a cualquiera...

En tanto hablaba así atolondradamente, como de costumbre, Ysabel se dejaba llevar de un brazo, como una autómata. Al llegar a la puerta del salón, el brillo de las luces, el barullo de las voces, la música, la volvieron en sí. Ya se acercaba Alfonso, e Ysabel, haciendo un esfuerzo por serenarse, se adelantó a cumplir con sus deberes de dama *comme il faut*.

Atravesaba Ysabel una crisis sentimental. Se agitaba en su alma de esposa desdeñada una ansia apasionada de ternura, de saber que existía otro ser cuyo sentir se identificara con el suyo, y para quien su persona, sus anhelos, sus quejas, fueran primordiales. Por primera vez sentía la necesidad de otorgar su cariño, sin pedir nada para sí.

—¡No, no, qué barbaridad!—se decía espantada de sus propios pensamientos; pero por más que hacía no podía ahuyentar de su mente el recuerdo de las palabras de Francois y la expresión de su rostro de angustiosa súplica.

Cuando se marcharon los Chateaupriel, encontradas y violentas emociones luchaban en su alma de mujer.

Suspирaba todo el santo día, hasta que por fin se puso a recitar Conchita con exagerados ademanes y gestos de desolación: «La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?... La sonrisa ha huído de sus labios de fresa»...

—¡Tan pesada que estás, Conchita, qué ocurrencias las tuyas! Ya sabes que cuando sopla este viento sur se me afectan los nervios.

Y llevando, con habilidosa táctica la batalla al campo del enemigo añadió:

—Ya hace tiempo que debiéramos habernos marchado; pero como estarás enterada, los im-

portantí... ísimos asuntos de mi marido nos mantienen clavados aquí.

En la soledad de su dormitorio se increpaba más tarde: ¿Qué me pasa, qué me habrá dado ahora por sentirme así... estaré loca?

Luchaba por librarse de esta obsesión; pero contra su voluntad, una y mil veces de día y de noche, el recuerdo de Francois la perseguía.

En otras horas de tristeza y nostalgia había acudido con renovado fervor a su consuelo de siempre, a la Virgen María. Aquí en la Habana tenía puesta una capilla, no humilde y pobre como la de su mamita Magda, sino relumbrante de oro y llena de tesoros traídos de todos los rincones de la tierra. Allí, humildemente arrodillada a los pies de la sagrada imagen, murmuraba largas oraciones, encontrando singular alivio en elevarle sus quejas e implorar socorro para sus tribulaciones, sin que la detuviera el contraste entre su vida frívola, egoísta e inútil, y el cariño, comprensión y benevolencia que esperaba encontrar siempre en su Madre Celestial.

Pero en esta ocasión, con instintivo sentimiento de pudor, no osaba acercarse a Ella. Pasaba casi corriendo frente a la entreabierta puerta de la capilla, como temerosa de que la Virgen la llamara para reconvenirla.

Así pasó varios días en medio de pertinaz congoja. Aún agotada por negros presentimientos, temía dormir, recelosa de sus sueños.

Una noche la asaltó una aprensión: ¿Se ha-

brá ido ya Francois, cansado de esperar mi respuesta? Si tan siquiera supiera que iba a ser feliz, me sería menos duro dejarlo partir, pero abandonarlo así a una muerte segura, es superior a mis fuerzas.

Y con toda la fantasía de su mente, dejaba correr su imaginación y en sucesión de horrendas escenas se lo figuraba cruzando, con su pequeña escolta, las arenas de un desierto. Detrás de unas rocas, emboscados, traicioneros, lo aguiataban bárbaros de piel bronceada...

¡Pum... pum! Y caían todos heridos. Luego veía a Francois abandonado, moribundo, implorando quizás, con su último aliento, un sorbo de agua. Enormes buitres negros, de ojos malévolos y rojizos, aleteaban a su derredor, acechando el momento de su muerte.

¡Yo tendría la culpa!—se desesperó llorando. Y arrastrada por estas fatídicas visiones corrió a su escritorio a escribirle unas cuantas letras.

¡Es mi deber atajarlo!...

No encontraba la pluma y presa de febril impaciencia abría y cerraba gavetas, mientras las palabras se agolpaban en su cerebro. De pronto, entre los papeles se encontró con un retrato de su prima.

—¡María!—exclamó, y se quedó extática, contemplando el dulce rostro de su adorada santita.

—¡No, no me mires así... no temas!—murmuró, mientras encendido rubor cubría su rostro. Y desechó para siempre el recuerdo de Francois.

—¡Mamá, mamá, vieras qué lindo, cómo brincaban las olas encima del Malecón! ¡Muy grandes! ¡Más grandes que esta casa!

Llena de excitación, con los ojos chispeantes, María Elena le contaba sus impresiones. No había podido jugar en la playa del Yacht Club, fuertemente azotada por la furia del mar; pero se había divertido contemplando, desde la alta terraza, cómo se precipitaban montañas de agua sobre los acantilados, y surgían de ahí, como en un acto de prestidigitación, espumas y encajes que se desvanecían al peso de su propia densidad.

Miss Cameron, siempre circunspecta, intervino:

—Sí, el barómetro ha tenido un fuerte descenso. Se anuncia tempestad.

—No será nada—comentó Ysabel—: como siempre, mucha lluvia, mucho viento y se acabó.

No creía que hubiera motivo de alarma. El día había estado excesivamente caluroso, con un calor húmedo, pegajoso, que producía la impresión de que los cielos de los aposentos habían descendido y casi tocaban la cabeza de sus moradores. Una neblina de extraños tintes azafra- nados sobre espeso fondo gris plomizo envolvía la ciudad. Fuertes vientos azotaban con fuerza las frondosas copas de los árboles de su jardín y sacudían las celosías de las ventanas. Pero

hacía ya mucho tiempo, talvez cuarenta años, que los ciclones que anualmente se forman en las cercanías de la isla de Swan y rugen sobre el mar Caribe amenazando a Cuba, desde principios de octubre hasta fines de noviembre, por alguna circunstancia ignorada variaban su rumbo en el último momento para irse a estrellar contra las costas de los Estados Unidos, causando enormes destrozos.

No había razón para creer que este año sucedería distinto, y con tranquilidad siguió tomando su taza de té. Sólo temía que el pretexto del mal tiempo sirviera a Alfonso para negarse a asistir a la gran *soirée* que ofrecía esa noche la Legación del Brasil.

A poco sus temores parecieron confirmarse, pues no acababa Miss Cameron de retirarse con la niña, cuando llegó Belén con cara compungida y le dijo:

—¡Señá Sabel, qu' Alfonsito ta mu malito y pie a su Mesé que pase p' allá!

Ocupaba Belén en este palacio una posición privilegiada. Había sido, en sus mocedades, una mulata muy guapa, color canela, que había traído revueltos a todos los negros de su vecindad, y también a quienes no lo eran. Hija de la doncella de la señora Elena, abuela de Alfonso, y de uno de sus hijos—cuál de ellos jamás se supo—había gozado siempre de especial consideración en la casa de los Rezén y San-

doval. A su vez correspondía con sincero cariño y dedicación. Disgustada porque Ysabel no acudía solícita al llamado de Alfonso, refunfuñando a media voz, se retiró para volver al lado de su amito.

—¡Bueno, dile que ya voy!—había contestado Ysabel, dominando sus impulsos de responderle con algún desplante. Con toda calma entró a su cuarto de baño para atender con esmero a su tocado, pésimamente atendida en esta ocasión por Ninette, que a cada embate del vendaval daba un salto o dejaba caer algún objeto. ¡Dios mío, por qué será que cada vez que tengo ilusión de asistir a alguna fiesta se le ocurre sentirse mal? se decía muy molesta.

Por fin, fresca como una flor, llegó al cuarto de su esposo. Se quedó consternada. Con los ojos cerrados, la faz amoratada, Alfonso apenas exhalaba débiles quejidos. Corrió a su lado y, acercándose a él, ¡Alfonso, Alfonso—le gritó más que lo llamó.

Inmóvil, su marido parecía no haberla escuchado.

—¡Corran a llamar un médico!—exclamó.

—Ya fué Vicentico con la máquina a traé al paecito Sebatían, y Masial hase rato llamó al dotó Pepín que venga volao,—susurró a su oído Belén.

Dominada por hondo pavor y llena de angustia permanecía a la par del lecho, a ratos

con la mano de Alfonso entre las suyas, en otros acariciando su rostro congestionado. Los minutos se le hacían siglos en la inmensa soledad en que se sentía.

Poco después llegó el doctor Carmentel, viejo amigo de la familia, y su presencia le dió valor. Solícito había acudido desafiando los riesgos del vendaval que arreciaba sus furias y descargaba ya sus ráfagas precursoras del ciclón que se acercaba.

Rápidamente abrió su maletín y examinó a Alfonso.

—¡Está muy grave!—dijo—Sería bueno que avisaran a la familia. Tráiganme alcohol. Voy a ponerle unas inyecciones.

Como una autómata, Ysabel le ayudó a prepararlas... sus ojos llenos de contenidas lágrimas, su alma atormentada por la angustia y el dolor. La casa trepidaba sacudida ya por el huracán que rugía con creciente fragor.

Llegó el Padre Sebastián, impertérrito ante los peligros que ofrecía el tránsito por la ciudad, con el heroísmo de las gentes santas que no se detienen ante nada para cumplir su sagrado ministerio.

Sin pronunciar palabra y saludando apenas brevemente a Ysabel, empezó a prepararse, con la ayuda de Belén, para administrar los Santos Oleos.

Arreciaba cada vez más el furor de los ele-

mentos. No era posible ya avisar a la familia. El teléfono no funcionaba, las calles estaban intransitables.

Inmóvil al lado de su esposo, mirándolo ansiosamente, ya no medía Ysabel el pasar de las horas. Como en dantesca pesadilla, veía a la Muerte acercarse pausada pero inexorablemente a Alfonso, marcando en su rostro, minuto a minuto, las huellas de su proximidad.

Comprendía ahora que siempre había profesado un cariño sincero y fiel a este gentil hombre que se escapaba de la vida, a cuyo amor y generosidad debía el haber realizado sus sueños infantiles. Arrepentida y contrita, cuando ya no tenía remedio, se reprochaba no haber comprendido a tiempo la gravedad de su enfermedad para prodigarle sus cuidados y quizá prolongarle la vida, y a torrentes derramaba silenciosamente sus lágrimas.

Alfonso continuaba aletargado, exhalando apenas roncros quejidos. Sentado a su vera, el doctor Carmentel tomaba de cuando en cuando su mano para contar las pulsaciones. De pie, la cabeza inclinada sobre el breviario, el padre Sebastián rezaba sus oraciones, que Belén procuraba seguir.

—¡Señora, la nena está muy nerviosa, llora sin consuelo! Miss Cameron le ruega que vaya... —le murmuró discreta una de las doncellas.

De puntillas salió del aposento. Al pasar por el *fumoir* le llamaron la atención los grandes

titulares de los diarios que había traído Marcial. Al leerlos se quedó paralizada de terror:

Terrible ciclón amenaza a Cuba!!

*Las autoridades ordenan tomar toda clase
de precauciones.*

La Guardia Nacional ha sido movilizada.

La Cruz Roja ordena preparar diez mil camas.

Los médicos y las enfermeras de alta.

Los bomberos en estado de alerta.

Presa de indecible espanto se apoyó contra la pared y la sintió trepidar con fuerza.

—¿Cómo no se desmorona?—se preguntó en el colmo de la alarma.

Y con creciente angustia comenzó a temerlo. Revivió en su recuerdo aquella tenebrosa noche del terremoto, cuando allá en Cartago sufría horrible incertidumbre y pavor.

—¡Esto es mil veces peor!—pensaba—. Por lo menos allá había el recurso de correr a las calles y los patios o de refugiarse en las tembloreras; pero aquí... ¿adónde ir? Cuando el peligro está en todas partes y la única salvación está en que las casas resistan. ¡Qué hacer en este trance... Alfonso moribundo... María Elena...!

Invasada por indescriptible pánico corrió al cuarto de su hijita. En medio de la confusión de su mente, no pudo menos que admirar a

Miss Cameron. Allí estaba, fiel a su cargo, leyendo tranquilamente, con su flema inglesa, al lado de una lamparita de velada luz. A su pregunta por la salud de Alfonso, le contestó Ysabel con un gesto de desaliento.

La niña, rendida al fin de tanto llorar, se había quedado dormida, ajena a la tragedia y al dolor que la acechaban. Ysabel la miró enternecida.

—¡Pobrecita mi niña linda, qué solitas nos vamos a quedar!

Miss Cameron notó, que Ysabel se caía de fatiga y con un gesto de cariñoso respeto la tomó por un brazo y la llevó al *boudoir*.

—Descanse un rato, señora, yo estaré al tanto y la llamaré a la menor novedad.

Desfallecida se abandonó Ysabel sobre la *chaise-longue*. Pero al momento se levantó. El rico brocado que la cubría le pareció de brasas. En el colmo de la intranquilidad, no podía permanecer inactiva.

La tormenta había recrudecido y bramaba con redoblada intensidad. Creyó Ysabel enloquecer de terror. Le parecía que viajaba en un tren interminable, tirado por cientos de locomotoras que pitaban con ronco silbido y que el conjunto de miles de carros que arrastraban corría vertiginosamente dando tropiezos y causando un estruendo ensordecedor que retumbaba en su cerebro.

Oyó el golpear de varios martillos clavando a la vez.

Aunque sabía que el doctor Carmentel había dado orden de reforzar puertas y ventanas, sintió que se sobrecogía su corazón con ese ruido lúgubre, fatídico. Extrañamente la atormentó la macabra obsesión de que era una condenada a muerte que oía clavar su propio cadalso.

Parpadeó la luz amenazando apagarse. Recordó que los diarios anunciaban que la corriente sería cortada a las doce de la noche para evitar incendios, y ordenó preparar velas para todos los cuartos. Con una de ellas en la mano entraba al aposento de Alfonso, cuando un horrible crujido que hizo retemblar toda la casa aumentó aún más su angustia.

Uno de los milenarios ceibas, erguido centinela a la entrada del jardín, se había venido abajo. Fué el primero: los demás árboles se doblaban con violencia al empuje del huracán, como si una mano gigantesca los tuviera asidos por el tronco y los retorciera en un movimiento circular con fuerza imponderable, hasta arrancarlos de cuajo, dejándolos tendidos uno por uno, con las enormes raíces agitándose al aire.

Como en visiones infernales, a la luz de cegadores relámpagos que se sucedían sin cesar seguidos por el estruendo de los truenos, las trombas colosales arrastradas del océano por el

ímpetu de la tempestad, barrían y arremolinaban como leves cartas de naípe, tejas, hojas de zinc y pesadas vigas. Buscaban resoplando, con bufidos de apocalíptico y enfurecido monstruo, el más pequeño resquebrajamiento en la mampostería de los edificios, un intersticio en las puertas y ventanas para irrumpir feroces y rugientes en un afán de muerte y destrucción, que el constante fulgor de los rayos hacía más pavoroso aún. Olas como montañas se precipitaban sobre la ciudad, envolviéndola para succionarla en su sediento vórtice. Pianos, camas, sillones, hasta los últimos enseres, volaban por los aires como ligeros papalotes o flotaban en frenético vaivén en las hirvientes aguas, mientras sus desgraciados dueños perecían bajo el peso de los escombros o morían arrastrados por los elementos.

Miles de viviendas se derrumbaron. Afortunadamente para Ysabel el palacio de los Rezén era, como casi todos los edificios cubanos, de recia construcción. Verdaderas fortalezas hechas expresamente para resistir el empuje de los más rudos ciclones.

Inconsciente de la furia de los elementos, Alfonso continuaba en un sopor. Su respiración era a cada segundo más trabajosa y entrecortada.

En un rincón del aposento, Belén, con cara de Dolorosa, mascullaba oraciones acurrucada al pie del altar que había improvisado.

—¿Qué pasa... ha empeorado?—preguntó Ysabel alarmada por la expresión con que la miró el doctor. Y corrió a arrodillarse al lado del lecho de su esposo.

Conteniendo sus sollozos, acudió Belén con los dos candelabros que alumbraban el altar y los colocó a la cabecera del enfermo. El padre Sebastián empezó con voz apenas perceptible a rezar la oración de los moribundos.

Ysabel miró la imagen de la Virgen con desesperación, mientras corrían sus lágrimas, sin valor ya ni para implorar clemencia.

Alfonso abrió los ojos y con una mirada desvanecida, contempló un instante a Ysabel, inició una sonrisa y exhalando un leve suspiro entregó su alma a Dios.

Todo fué extravío en la mente de Ysabel. Olvidando el peligro del ciclón, tan pronto le parecía que las furias de la naturaleza eran los prolongados y estridentes lamentos de alguien que protestaba con ella por la muerte de su compañero, como que el vendaval convertido en siniestro monstruo, gritaba y sacudía la casa en frenética alegría por haber destruido su felicidad.

Poco a poco el huracán fué perdiendo su fuerza. Al amanecer de ese día, aletargados todavía por las emociones de la noche, los antes despreocupados habitantes de la Habana encontraron una ciudad mortalmente herida, iluminada sin embargo por la luz de un sol esplendoroso,

en un cielo límpido, claro, del color azul brillante de los zafiros.

El mar que en endemoniada alianza con el ciclón había destrozado los palacios que rodeaban el Malecón, arrancado enormes y gruesas losas del pavimento, dejado inmensos hoyos en todo el paseo, levantado embarcaciones enteras llevándolas tierra adentro a distancias increíbles, hundido a otras en las profundidades de su seno atestando la bahía de cadáveres, jugueteaba ahora, yendo y viniendo con suave ritmo, y parecía lamer las riberas con olas de argentada espuma y saborearse ufano cual fiera que por fin ha logrado atrápar su presa.

*

La noticia la dejó espantada. Estaba arruinada. Completamente arruinada. ¿Cómo podía haber sucedido que en cinco años escasos que habían transcurrido desde la muerte de Alfonso, se desvaneciera su cuantiosa fortuna? No lo comprendía. No alcanzaba a comprenderlo. Pero la verdad, la triste verdad era esa. Alberto su cuñado se lo acababa de comunicar. De la inmensa fortuna que le había legado su esposo apenas si le quedaba una pequeña renta de doscientos dólares al mes.

Acongojada se retorció las manos y se preguntaba una y otra vez:

—¿Por qué no me quedé en Costa Rica

cuando murió Alfonso? Pedro me habría ayudado a cuidar mi fortuna. ¿O por qué no me quedé siquiera en la Habana? Me habría dado cuenta mejor de cómo se manejaban mis asuntos y hasta podría haber consultado con tío Jaime.

Pero no. No había permanecido en Costa Rica más que los primeros meses que siguieron a la muerte de Alfonso. La habían llevado allá don Jaime y doña Margarita, que llegaron a la Habana en el primer barco que pudieron tomar. Ya en su patria, reclusa en su casa, sin ver a nadie más que a quienes llegaban a hacerle presente su pesar, sin salir a otro lugar que no fuera a la iglesia, sin tener otra distracción que no fuera con María Elena, Ysabel languidecía a ojos vistas con grave preocupación de su familia, que la veía transformarse bajo el peso de un profundo abatimiento moral. De ahí la arrancó su amiga Elena, quien consiguió convencerla de que se fuese con la niña y Miss Cameron a pasar una larga temporada de descanso en su villa de París.

Más tardé, terminado el período prudencial del luto que había llevado con discreción, había vivido la existencia suave, agradable, de viuda joven, bella y rica, paseando su esbelta figura por las grandes capitales y sitios de moda del Viejo Continente y de América del Norte.

Pudo haberse casado con alguno de los múltiples admiradores que la acosaban con sus cor-

tejos. Pero no quiso hacerlo. Sentía el amor de su libertad, y no se resolvía a enajenarla. El cariño de su hija, además, se acrecentaba con el correr de los años y cada día le consagraba una parte mayor de su tiempo.

El cable de llamada que Alberto le dirigió a Palm Beach en donde pasaba una entretenida temporada, le produjo gran alarma y sorpresa. Pero nunca sospechó la terrible verdad.

¡Estoy arruinada... Completamente arruinada! se decía a cada instante. No lo comprendía. El *crak* de la Bolsa... la baja del azúcar... la crisis mundial... le decían. Palabras, sólo palabras. La única realidad para ella era que estaba arruinada.

Si la hubiesen dejado conservar siquiera su casa de la Habana...

—¡Eso tan sólo, Virgencita mía!—le rogaba bañada en lágrimas mientras, arrodillada en su capilla, dejaba vagar su mirada triste, por los tesoros que guardaba. Pero no. La catástrofe había sido completa, y pronto habría de entregar todo lo que más preciaba.

Con dolor recorrían ahora sus ojos aquella capillita que con tanta dedicación y esmero había restaurado. Por todos lados, algún objeto le traía ahora un recuerdo que desgarraba su corazón. Aquí casi frente a sus ojos, iluminando el blanco altar de mármol, la lámpara de plata cincelada que Alfonso y ella habían encontrado en un rincón oscuro de algún bazar del Cairo,

cuando buscaban los tapices que adornaban el comedor. Recordaba bien el acelerado hablar del viejo mercader al concertar la venta, el ardiente sol que caldeaba las desiguales lozas de la empinada callejuela, y que entrando por la estrecha abertura de la puerta hacía centellear los bronce; la curiosidad con que vió pasar a una dama envuelta en mantos asomando misteriosamente sus ojazos negros por encima del velo que cubría la parte inferior de su rostro, el olor indefinible a alcanfor, a canela, a almizcle, a cosas antiguas—esencia del alma oriental—que emanaba de la tienducha.

Allá, sobre un reclinatorio, el crucifijo de oro y marfil que había comprado el día en que saturada de santo recogimiento recibió, en el Vaticano, la bendición de Su Santidad.

Más acá, la preciosa imagen de Nuestra Señora del Cobre tallada en madera por manos habilísimas de artífices cubanos.

¡Qué bella su capillita! Había sido construída por el Conde de Lambertia, abuelo de Alfonso, para complacer a Clorinda, su única hija, quien desde niña vivía entregada al culto de Dios.

¡Y qué dulces los ojos de Clorinda!

Los había admirado con frecuencia al contemplar su retrato colocado en el testero del salón principal, en que aparecía con el esplendoroso traje de tisú de oro y falda de raso color marfil ricamente bordada y extendida sobre

abultado miriñaque, con que se había presentado en la Corte de la Reina María Cristina. Y los había admirado tan bellos como siempre —única reminiscencia de su pasada juventud— en el otro cuadro de la Biblioteca en que se veía con su severo hábito de cartuja, sus otrora luengos rizos castaños encerrados en albo grifón, su rostro enjuto enmarcado en oscura y basta tela.

Perdería también éstos y los otros cuadros que en tanta estimación había tenido Alfonso. Ella misma, cómo los echaría de menos... Había aprendido a quererlos, a considerarlos como amigos de su intimidad desde el día en que su propio retrato, pintado por famoso artista londinense, había sido colocado a la par de los otros.

Desde entonces consideraba a las damas y caballeros de esa valiosa colección como si fueran sus propios antepasados, y muchas veces al recorrer aquella amplia galería, los hacía descender de los dorados marcos, con su imaginación, y vagar de nuevo por sus salones.

Los ceñudos militares de vistosos uniformes, los apuestos caballeros de ropillas, jubones y gorgueras, de rostros alongados y manos de dedos largos y afilados, se acercaban a rendirle cumplidas cortesías y a murmurarle frases de elogio; las damas se pavoneaban sonriendo, produciendo un suave *frou-frou* al rozar las tupi-

das alfombras con sus trajes recamados de oro y piedras. Y aún podía aspirar con deleite el aroma de las raras esencias con que se perfumaban y sentir el aire suave que agitaban sus abanicos de nácar, oro y jade.

Interrumpió sus añoranzas la voz avejentada de Belén:

—¡Mi Santa, qu'el caballeo Menese epera a su Mesé!

Volvió a su desconsoladora realidad; pero alentando aún ilusiones, salió a conferenciar con él, esperando que quizá le trajera alguna buena nueva.

Cuando se marchó Meneses quedó sumida en honda tristeza. No era posible evitar el desastre. Sería preciso rematar o vender todos sus bienes.

¿Cuál sería su porvenir? ¿Quedarse en Cuba? ¡Imposible! ¿Vivir aquí, donde había sido reina y señora de todos los salones, con una renta miserable? ¡Jamás! No le daría gusto a sus rivales. ¿Irse a Costa Rica a la casa de su madre? ¡Tampoco! No sería pequeña la satisfacción de todas las envidiosas al verla llegar humillada, a vivir la vida recogida y sencilla que le impondrían las circunstancias. ¡No, no podía llegar ahora que estaba vencida por el Destino!

Desesperada se paseaba de un lado para otro de la sala. La necesidad de imponerse por su riqueza, de gastar y derrochar sin límites, se

había convertido en ella en una segunda naturaleza. No sabía cómo podría vivir otra vida distinta. Incapaz de sobreponerse a su infortunio, consideraba que su felicidad dependía del lujo y la admiración, de la molicie y la vanidad, sin percatarse de que ella había llegado a ser como las manzanas de la leyenda, que frescas y lozanas en su exterior, en su corazón no guardan más que cenizas.

*

Así pasaron varios días que a Ysabel se le antojaron siglos.

Descendía la escalera principal de rica balaustrada de bronce, cuando vió entrar al vestíbulo, por entre las columnas de pórfido, a Jorge Mirain, primo hermano de su esposo. Hombre simpático, de porte señorial y distinguido; pero que siempre le había inspirado desconfianza.

Sabía que Alfonso le había profesado mucho cariño por haberse criado juntos, a pesar de que reprobaba su manera de ser. Con frecuencia lo había oído expresarse en este sentido, pues en más de una ocasión se mostró mortificado por ciertas habladurías acerca del excesivo lujo de Jorge, que carecía de medios conocidos para sostenerlo.

Harto bien sabían su familia y sus amistades cómo había invertido los millones heredados

de sus padres y los años de orgías y derroche que habían culminado en su completa ruina.

Luego había desaparecido de la Habana, según las malas lenguas, con una dama vieja inmensamente rica. Años después lo vieron en París acompañado por un tipo raro; pero al tiempo había regresado solo, con un ayuda de cámara francés. Vivía muy a su gusto en un suntuoso piso, una *garçonnière* sibaríticamente puesta en uno de los nuevos y lujosos edificios de apartamentos que habían aparecido en la Habana en los últimos diez años.

Con Ysabel su trato había sido siempre de extremada corrección, aún cuando dejaba traslucir en sus miradas y en una que otra palabrita galante, la inmensa admiración que le inspiraba. Ella se complacía con este homenaje como lo hacía con el de todos, sin darle ninguna importancia ni tomarlo en serio.

Lo saludó con un imperceptible dejo de desdén.

El se adelantó y con respetuoso ademán le tomó una mano que acercó a sus labios diciéndole:

—¡Qué bella estás, Ysabel... todo te sienta bien...! ¡Te encuentro más delgada; pero siempre estupenda!

Mientras, pensaba: Tiene una atracción singular y cautivadora...

Ella se dirigió, silenciosa y altiva, hacia el

gabinete Luis XV—su recibo favorito en la casa—el primero que transformó a su gusto cuando tomó posesión de este palacio, que ya no le pertenecía.

Después de cambiar algunas frases triviales, Jorge le dijo:

—¡Si supieras cuánto he sentido la muerte de Alfonso! ¡Fué siempre bueno y generoso conmigo! ¡Creéme, lo quería sinceramente! Estaba en Miami cuando supe la triste noticia, y no vine inmediatamente porque en esos días me era indispensable hacer un viaje de negocios. Te puse un cable de condolencia. ¿Lo recibiste?

—Sí—asintió Ysabel con un movimiento de cabeza.

—Siempre he sentido mucho afecto y admiración por tí, Ysabel, a pesar de que tú me tratas con una especie de cortesía helada, como si mi sola presencia te disgustara. Hoy, aunque algo atrasado, vengo a darte el pésame y además...

Calló un momento indeciso y luego le preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Ysabel sintió cierto disgusto y no supo qué contestar a esta pregunta que juzgó extraña y hasta impertinente.

—Perdona que te hable de esto—murmuró Jorge; y dándose cuenta de la evidente molestia de Ysabel, vaciló en continuar—: me contó tía

Fela que andabas en dificultades y he venido a ponerme incondicionalmente a tus órdenes. Quiero que sepas que estoy dispuesto a ayudarte de cualquier manera que sea. Dudando un poco—terminó en voz baja—a ofrecerte mi apoyo...

Ysabel lo miró sorprendida y molesta; pero al instante reflexionó: Después de todo, es un gesto simpático; se ve que tiene más corazón que los otros que me han abandonado; pero yo no podría aceptar su dinero, y... ¿qué otra cosa puede ofrecerme?

Como adivinando su pensamiento, Jorge le dijo:

—No te ofendas, Ysabel, no vengo a ofrecerte regalos...

Y aquí bajó la vista y se quedó mirando sus relucientes uñas con un gesto casi de timidez, que la sorprendió en este hombre que había visto siempre confiado y aún atrevido y ese detalle suavizó su voluntad, predisponiéndola en su favor.

—Quiero ofrecerte, Ysabel, un negocio...

—¡Un negocio... a mí!—exclamó Ysabel en el colmo de la estupefacción; y no pudo menos que sonreír con desdén.

—¡Bueno, un trato si quieres! Déjame hablar, déjame explicarte—le suplicó Jorge con una sonrisa conciliadora—y verás cómo te va a parecer bien. Oyeme: tú sabes que yo, para complacer

a mis padres y sobre todo, lo confieso, para ganarme el premio ofrecido de un viaje alrededor del mundo, me gradué de abogado. De cómo lo hice, ni quiero acordarme; lo cierto es que saqué el título. Pues bien, ahora me ocupo de asuntos confidenciales que es preciso llevar a cabo con mucho tacto y sigilo y para algunos de estos asuntos yo necesito, en Costa Rica y aquí en Cuba, la ayuda de una mujer como tú.

—¡Uy, Costa Rica!—exclamó Ysabel con un mohín de desagrado.—¡Si eso es justamente lo que yo no quiero: ir a encerrarme en Costa Rica!

—Se trata de ir a Costa Rica tan sólo por temporadas, y de que puedas seguir en tu fastuosa vida de siempre... si eso es lo que tú quieres...—le contestó Jorge.

—¡Pobre nena!—agregó, haciendo ademán de acariciarle los cabellos, ademán que detuvo en el aire ante su mirada hurafña y hostil.

—¡Oyeme, Ysabel—continuó en voz baja—, no me tengas recelo! Si yo pienso en tí como se piensa en una hermana, y no tengo más deseo que el de servirte y saber que ya no lloras más, como sé por tía Fela que lo has hecho en estos días.

—¡Créeme, Jorge, que agradezco tu preocupación por mí y el hecho de que desees ayudarme, pero yo...!

—¡No me digas que no, Ysabel, sin dignarte siquiera escucharme; deja por lo menos que te explique mi proposición y...

—¡Perdona!—exclamó Ysabel incorporándose para tocar el timbre—oigo la voz de la niña y eso me recuerda que ya es tarde. Yo acostumbro, cuando no tengo invitados de ceremonia, almorzar con ella y Miss Cameron. Quédate, y luego en vez de dormir la siesta, me entretendré oyéndote desvariar. Confieso que has despertado mi curiosidad, y así olvidaré mis penas aunque sólo sea por un rato.

—¡Martínez!—ordenó al criado que se presentó en la puerta de la salita—póngale puesto al señor Jorge... almuerza con nosotros... «Daiquirí» es su *cocktail* favorito! ¡Avise a la niña y a Miss Cameron que ya pueden venir!

*

María Elena besó a su madre con efusión, y en seguida se acercó sonriente a saludar a Jorge. Ella tan tímida con los mayores, a él le tenía confianza, porque últimamente se lo había encontrado con frecuencia cuando paseaba con Miss Cameron por el paseo del Malecón o por el sembrado de flores del Reparto Almendares, y siempre detenía su auto para recogerlas y llevarlas a tomar helados al Yacht Club o a comprarle confituras en el Lirio del Prado. Además, la halagaba que la tratara con respetuosa deferencia como si ya fuera una señorita. Así es que ahora y luego en la mesa se mostró cariñosa y parlanchina con Jorge.

Cuando era más pequeña, en las pocas veces que él había venido a su casa, escuchaba con placer—en esto también parecida a su madre—los cuentos de hadas que le refería, en especial el de un príncipe maravillosamente guapo que vendría un día a llevársela a sus castillos.

Ahora le decía:—Mira, Jorge, no me cuentes más historias inventadas porque ya no creo en ellas, cuéntame más bien algo sobre los príncipes de verdad, por ejemplo de ese que dicen que se va a casar con una cubana. Nene Castillo los vió en San Sebastián y hace poco me empezó a relatar muchas cosas interesantes cuando ésta—dijo, haciendo un mohín gracioso con el labio inferior en dirección de la Miss—no me dejó seguir escuchando.

—¡Marrilena, *behave yourself and eat your fruit!*—reconvino la institutriz con un ceñito aderezado con avinagrada sonrisa.

Ysabel se sentía muy cansada y con mucho calor. Apenas si probaba bocado. Tan pronto abría y cerraba su abanico con nerviosidad, como se quedaba inmóvil, completamente alejada de cuanto la rodeaba. El almuerzo se le hacía interminable; permanecer sentada a la mesa fingiendo que comía era un suplicio. Sentía también curiosidad por saber qué le diría Jorge. Aun cuando temía hacer castillos en el aire, el apoyo ofrecido había aminorado en algo su amargura. También, el cariño y confianza demostradas hacia

él por su hijita, la predisponía a su favor. Reflexionaba que los niños tienen cierta intuición y que talvez ella había hecho mal en desconfiar tanto de quien ahora se mostraba tan diferente del que había creído conocer, y tan en contraste con los demás de la familia de su esposo, siendo hasta el momento el único que se había ofrecido a ayudarla. Al recordar la actitud de sus parientes políticos la invadió hondo resentimiento. Había hecho siempre lo imposible por ganarse su cariño. ¡Cuán engañada había vivido al creer haberlo logrado! Ahora descubría que a través de los años le habían guardado un resentimiento, mezcla de envidia y de rencor que le cobraban ahora, sobre todo el más allegado, su cuñado Alberto.

Le pareció oír de nuevo las palabras pronunciadas por él con aquella voz desagradable y cascada, y en un tonito hiriente: «Estás arruinada, Ysabel, y tendrás que rehacer tu vida». Esto equivalía a decirle: «Tienes que volver a ser nadie, renunciar de una manera irrevocable a todo lo que embellece tu existencia».

Tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar de rabia y desesperación delante de Jorge y la niña, al evocar la escena de la tarde anterior en casa de su cuñado, cuando Alberto le había dicho, carraspeando y con una voz a la que en vano quiso dar un tono paternal y bondadoso, mil cosas desagradables, para terminar decla-

rando: «Pues Ysabelita, tú sabes que tanto Matilde como yo te queremos entrañablemente; a la niña ni se diga, es una hija para nosotros. Bien quisiéramos que consintieras en compartir nuestra vida; pero, ajem... ajem... ahí está tu madre, quien sin duda ansía que regreses a su lado. Lo mejor sería que partieras para tu patria sin pérdida de tiempo; cuanto más pronto mejor; así te evitarías el pesar de ver desmanteladas tus casas. Como ya estás enterada, es preciso venderlo todo para satisfacer a tus acreedores y aún nos quedaremos cortos... Pero bueno... de esto me encargaré yo».

«Mejor hubiera sido para tí y la pobrecita Nena—seguía con gesto hipócrita—si Alfonso te hubiera mimado menos y resguardado con más tino tus intereses. Mucho me duele, hija, decirte esto, pero lo cierto es que tú y mi hermano con esa manía de derrochar labraron esta ruina».

¡Qué ridículamente pomposo es Alberto!—pensaba—. ¡Cuán diferente de su hermano que fué siempre gentil y generoso, un verdadero *Grand Seigneur*!

La sacó de su absorción la voz dulce de la niña que pedía permiso para retirarse de la mesa.

—¡Pero mujer, en qué piensas con tanta concentración y con una cara tan melancólica? —le preguntó Jorge. Hace por lo menos media hora que estás como en la luna.

Como si regresara de algún sitio lejano, Ysabel miró a su rededor con extrañeza y luego, lanzando un suspiro, atrajo la niña hacia sí y la besó con ternura.

Al contemplarla con su bello y sonrosado semblante, emergiendo del cáliz de su vestido de lino verde, primorosamente bordado por las monjitas de «La Creche», la comparó a una fragante flor y le hizo recordar un incidente de la semana pasada que le había hecho mucha gracia, aunque generalmente estas cosas la contrariaban:

Había salido de compras con Miss Cameron y María Elena. Al doblar una boca-calle buscando el auto, uno de los señoritos que a diario se apostaban en las esquinas a lanzar piropos a las mujeres que pasaban, exclamó con donosura:

—¡Ahí vienen una linda rosa y su precioso botón...—. Pero al ver a Miss Cameron:—¡Uy, no había de faltar la espina...!

—Que descanse la nena antes de ir a la playa—le recomendó ahora a la institutriz—y tú, mi amor, pórtate bien—rogó a la niña mientras la contemplaba con intenso cariño que se reflejaba en su mirada.

—¡Adiós, Jorge—le dijo María Elena acercándose a él para darle la mano—; no te pierdas—terminó con un gesto amable, imitando el modo de ser de su madre.

Se fueron, e Ysabel, dirigiéndose a Jorge le indicó:

—¡Ven, vamos a la terraza, ya se hace tarde y quiero que me cuentes...

Entraron por la ancha puerta de cristales al amplio corredor que se extendía a lo largo de los salones, regado de cómodos sillones y mecedoras de mimbre de cojines forrados en telas de alegres y variados tonos. Toldos de lona rayada de vistosos colores la protegían del brillante sol de la tarde. Por todos lados plantas tropicales y exóticas, helechos gigantes, palmas como grandes abanicos, unas de hojas enormes y aterciopeladas de un verde profundo y otras caladas como ricos encajes.

En un extremo de la terraza, entre una gruta de piedra negra se destacaba bella estatua de mármol blanco; casi de tamaño natural. Volcado sobre un hombro sostenía un jarrón de alabastro de donde caía una pequeña cascada que prestaba frescor a la atmósfera y salpicaba con menuda lluvia las raras plantas de su derredor.

Afuera, en el jardín, sobre el verde césped, formaban manchas de sombra los árboles y arbustos que se balanceaban al impulso de la brisa del mar.

Todo aquí respiraba quietud y bienestar, y este ambiente de tranquilidad aquietó los nervios de Ysabel largamente atormentados.

Le ofreció un cigarrillo a Jorge extendiéndole

una cajita de porcelana roja que tomó de una mesita y se dejó caer con suavidad en una *chaise longue*, mientras se abanicaba con indolencia.

Jorge se sentó frente a ella arreglando con cuidado el quiebre de sus pantalones de lino blanco. Con los ojos entornados y la cabeza reclinada hacia atrás, permaneció un rato lanzando el humo de su cigarrillo hacia arriba. Por fin, inclinándose hacia ella, le dijo:

—Oye, Ysabel; no creo necesario cansarte con detalles aburridos; poco a poco te irás convenciendo de que puedes confiar enteramente en mí. Tú no tienes más que dejarme guiarte y vivirás como una reina. Te he escogido a tí porque, bien relacionada en Costa Rica lo mismo que aquí y en Nueva York, podrás entrar y salir en estos países sin que te registren el equipaje y no podrán por medio de artimañas y de espías averiguar quién lleva los documentos y sustraerlos hábilmente, como hacen ahora con frecuencia... Tú me ayudarás y ganarás crecidas sumas y vivirás como te plazca... ¿Ya ves qué fácil es? Viajes por aquí, viajes por allá con todas las comodidades; y en todas partes muy bien instalada, con todo el confort que tanto te gusta. Con sólo que consientas en ser mi hada benéfica no habrá capricho que no puedas satisfacer.

Ysabel lo oía sin poderlo creer.

—El hada en este caso serías tú, Jorge,—le dijo sonriendo—pues de pronto me sacarías

de la desesperación más negra al ofrecerme un porvenir lleno de esperanza. Pero todo eso que me dices me parece muy raro. Yo no entiendo mucho de negocios; pero sí sé que es muy difícil ganar tanto dinero haciendo tan poca cosa.

—No atormentes tu preciosa cabecita averiguando cosas que no necesitas saber. Ya te he dicho, confía en mí. Te aseguro que te irá muy bien. Además, ¿te parece poca cosa el que una mujer como tú se interese en un asunto? ¡Si sólo eso vale un Potosí! ¡Seductora, bellísima, con influencias poderosas a tus pies... ¿Qué más se puede pedir? Lo único que necesitas es dinero y ese lo tendremos de sobra. Convéncete, no te estoy regalando nada, Ysabel! Pero es necesario, para el éxito del negocio, que tú vivas a todo lujo de modo que te crean la misma reina omnipotente de antes. ¿Verdad que me dirás que sí?

Ysabel medio adormecida, lo oía hablar. El susurro de su voz que le abría de nuevo el camino hacia la felicidad, era un sedante para sus nervios cansados por tantos días de angustia y zozobra. La ilusionó pensar que ya no tendría dificultades pecuniarias, que podría continuar su existencia regalona y fastuosa, y desempeñar todavía su papel acostumbrado de gran dama. La halagó imaginarse una heroína, una mujer de brillantes y audaces hazañas, singular y misteriosa, que guardaba secretos y tejía intrigas.

¡Qué divino, qué entretenido!—pensó, y llevada por súbito entusiasmo le tendió una mano a Jorge.

—¡Ya está, no lo pensaré más!—le dijo con resolución—. Estoy dispuesta a confiar en tí. Desde hoy quedan mi suerte y la de la nena en tus manos. Te consideraré, de ahora en adelante, como si fueras mi hermano.

El le tomó la linda mano de uñas como pétalos de rosa, y acercándola respetuosamente a sus labios, murmuró con acento emocionado:

—No te arrepentirás, encantadora hermanita.

—¡Estoy segura que no!—le dijo ella, lanzando un suspiro de satisfacción—. Y ahora—continuó—perdonarás que te despida. Me siento muy cansada y creo que tendida aquí podré al fin dormir un rato. Déjame unos cuantos días para reforzar mis nervios torturados. Yo te llamaré y vendrás para ultimar nuestros arreglos... y, recibir tus órdenes—terminó sonriendo.

El también sonrió. De nuevo estrechó con júbilo entre las suyas una mano de Ysabel, y se alejó a lo largo del portal, sonando sus pasos recios sobre el piso de relucientes mosaicos.

Ysabel se abanicaba lentamente, sintiendo un bienestar muy grande. Poco a poco, mientras un sentimiento de dicha inundaba su ser, se iban cerrando sus párpados.

—¡Cómo rabiarán Matilde... Alberto...—pensó medio dormida—. Ya no podrán ahora triunfar sobre mí!

Cuando despertó Ysabel ya había pasado la tarde, y las sombras de la noche, aumentadas por la inclemencia del tiempo, la envolvían. Zigzagueantes rayos cruzaban el cielo y atronaban el espacio, retumbando su fragor en lo infinito. Los relámpagos se sucedían con rapidez, iluminando el jardín y la terraza con fugaces y lívidos fulgores.

¿Qué habría soñado que repercutiendo en su mente la llenaba de espanto?

Todavía como en una alucinación le parecía distinguir allá en el fondo a las dos figuras que había visto en sueños. Una permanecía inmóvil—relucía la blancura de su larga túnica y de sus grandes alas en las tinieblas. Con la cabeza escondida entre las manos parecía llorar en silencio.

La otra—la misma que la había hecho despertar temblando, sintiendo que mortal miedo helaba su corazón—la adivinaba ahora agazapada entre las sombras; oía aún su risa cruel y diabólica que retorció su semblante; veía su puntiaguda lengua de serpiente lamer con deleite sus carnosos labios—parecía extender hacia ella las encorvadas garras con ademán amenazador.

Una extraña música de lúgubre melodía, de gemidos y lamentos, como de almas atormentadas y malditas, aumentaba el ambiente aterrador.

Por el cerebro de Ysabel cruzó como un rayo un nombre: Lucifer.

Llena de indecible pavor, hizo un esfuerzo sobrehumano por librarse de esta pesadilla y todavía aletargada se incorporó y extendiendo un brazo encendió la luz de una lámpara que tenía a su lado.

Estaba sola, nada ni nadie la amenazaba.

En el fondo de la terraza no se veía más que la gruta con la estatua que siempre había estado allí. Las pacayas y los helechos que la rodeaban temblaban al impulso del viento. En el jardín, al empuje de cercana tempestad, se retor- cían las altas palmeras y los frondosos árboles.

Del sueño de Ysabel tan sólo la música persistía.

Dejó el largo sillón de mimbre en donde hacía ya horas se había quedado dormida y entró al salón por la gran puerta de cristales.

A pesar de su ruego Jorge había regresado y sentado al piano ejecutaba con habilidad y brío, el *Estudio Número 12* de Chopin.

Al notar su presencia, cesó de tocar y se levantó para saludarla.

—Sigue... te lo ruego—le dijo Ysabel con voz queda, haciendo ademán de que permaneciera al piano.

Abandonando a Chopin, Jorge hizo correr sus dedos con ligereza por el teclado, desgranando las notas arrulladoras y cristalinas de *Reflejos sobre el Agua* del genial Debussy.

Reclinada en mullido sofá, cubierto de rico brocado color oro, pasó su mirada distraída por los mil variados detalles de exquisito gusto que adornaban el espacioso salón, y todavía aperezada y soñolienta se dejó llevar por el encanto de la música.

Sintiendo que la inundaba una deliciosa sensación de tranquilo bienestar, le pareció ser de nuevo aquella adolescente ingenua y soñadora, ansiosa de placeres, que había sido ella, y su pensamiento retrocedió al pasado llenando su mente de imágenes de antaño.

La voz de Jorge puso fin a sus reminiscencias. Fijando en ella su mirada le decía:

—He vuelto, Ysabel, para pedirte una sola cosa: discreción... mucha discreción y prudencia. De lo que hablamos esta tarde no digas jamás una palabra, ni a tu propia sombra, pues de nuestro silencio depende el éxito de la empresa, quizás mi vida y también la tuya. ¡Júrame por el honor de tu hijita, que nuestro pacto será siempre un secreto sagrado para tí!

Sintió un escalofrío, impresionada por sus palabras y más que por ellas, por la expresión de sus ojos y el tono de su voz. Experimentó horrible sensación de que algo siniestro y maldito se acercaba a su vida, y la destruiría si no se daba prisa a apartarse de él. Como una ráfaga pasó por su cerebro la idea de negarse; pero pudieron más su vanidad y su delirio de

grandeza y desechando sus temores como pueriles recelos le dijo, tras leve vacilación, con acento que quiso hacer fuerte y seguro:

—¡Lo juro, Jorge, lo juro por mi honor y por el de María Elena, lo que más quiero en el mundo...! Aunque creo que exageras con estos juramentos tragi-cómicos, puedes estar seguro de que jamás te traicionaré ni olvidaré que me tendiste la mano cuando todos me abandonaban.

*

Conocedor a fondo de las debilidades humanas, no dió Jorge tiempo a Ysabel para arrepentirse de su convenio. Fomentando hábilmente la vanidad y excesivo amor al lujo—que a través de su vida habían predominado en su alma, apagando otros sentimientos—la llevó sin tropiezos al punto necesario para el logro de sus maquinaciones. Desde entonces, y de una manera magistral, digna de mejor empeño, con energía y actividad insospechadas en este hombre, a quien había juzgado indolente e incapaz, manejó los hilos de su vida entera.

En dejarlo hacer encontró Ysabel un alivio inmenso y una feliz solución a su dilema... ¡Qué tranquilidad, después de las angustias pasadas, tener a quién confiar la ejecución de detalles enojosos...! Evitando explicaciones difíciles de dar a su cuñado, se fué, más bien

dicho, huyó de la Habana con María Elena y la indispensable Miss Cameron, a la casa de tía Luisa en Nueva York.

Y poco tiempo después ya estaba instalada en una preciosa quinta en los alrededores de San José. Con regocijo casi infantil celebraba las minucias del lujoso mobiliario, ricamente tallado en clásico estilo español, que armonizaba con la arquitectura que en las rejas de sus ventanas ojivales y en sus balcones de torneados barandales, ponía una nota de marcado acento californiano en el ambiente suave de la Meseta Central, y subrayaba la mano artística de los nuevos arquitectos de moda.

Si a veces, añorando su antigua existencia de boato y esplendor, se sentía deprimida, al punto reconfortaba su espíritu analizando los atractivos de su nueva residencia. Y los enumeraba como si fuera dueña de casa de alquiler convenciendo a un posible inquilino: baños de reluciente mosaico en atractivos colores, agua caliente a toda hora, refrigeradora en el modernísimo *pantry*, estufa eléctrica en la alba cocina, una magnífica radio-victrola en el amplio y elegante *living-room*, un auto en el *garage*, un *bar* completo hasta en el último detalle, y un sinnúmero de comodidades ni siquiera soñadas en la Costa Rica de su juventud.

Y además, no había venido resuelta a sacrificarse en aras de las ventajas que percibía al

ser ahora una mujer excepcional—una *career-woman*—que contribuía al éxito de magnas e importantísimas empresas?

¡No, no se podía quejar! Bastante era no haber tenido que darle gusto a Alberto.

Desafiando la franca oposición de su madre y de tía Eloísa se había empeñado en vivir sola. Por eso había escogido su casa en las afueras de la capital, para poder argumentar que lo hacía porque María Elena necesitaba del aire del campo. No obstante, poco después, en uno de sus primeros viajes y cediendo a instancias de tía Luisa, que deseaba procurarle esmerada educación, la dejó con ella en Woodridge.

En un claro día de verano, gozaba, junto con animado grupo, de las delicias que ofrece el Costa Rica Country Club. Regresaban de jugar *golf* y, mientras en espera del almuerzo tomaban unos *cocktails*, discutían varios temas de actualidad local y mundial.

—¡No hay como mi tierrita!—se dijo Ysabel entusiasmada por el espléndido paisaje que se extendía ante su vista. Por entre vívido marco de variadas flores se divisaba la amplia piscina; a un lado la terraza de ladrillo bermejo y lanzando sobre ella la sombra de sus altas ramas una jacaranda igual a la que todos los años cubría con la alfombra azurea de sus flores diminutas el ancho patio de la vieja casona de la finca; más allá, surgiendo del verde oscuro de

los cafetales, la torre colonial de una iglesia, la cúpula roja de la Catedral de Alajuela y el macizo pesado del Templo de San Rafael; lejos el telón de distintos matices de los potreros y cañaverales y en el horizonte, destacando muy claro la policromía de sus serranías sobre el azul profundo del cielo, la cordillera central de elevados y majestuosos volcanes.

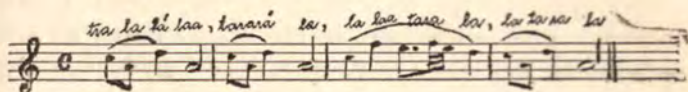
Luego se entretuvo observando a las personas que entraban y salían o que iban llenando las mesas del antiguo trapiche transformado en pintoresco comedor de la casa-club. Notó que había entre ellos muchos completamente desconocidos para ella.

¡Qué diferente la sociedad costarricense, amplia, abierta para recibir a todos los que por méritos—y aun muchos que carecían de ellos—de otras sociedades que conocía, cerradas a toda corriente renovadora, defensoras celosas de los imponderables derechos que sólo por vía sucesoral podían adquirirse!

No entendía como podía pensarse en fundar aquí un Partido Comunista—lo había leído en los periódicos del día—encaminado lógicamente a luchar contra una clase aristocrática que supone ociosa.

Es probable que en Rusia—pensaba—hayan tenido razón de rebelarse aquellos pobrecitos a quienes había visto representados en teatros y películas, tirando de una pesada barca por me-

dio de gruesas cuerdas, encorvados, jadeantes y sudorosos, y que a pesar de ello se arreglaban para ir cantando:



O aquellos otros infelices que perennemente arrastraban pesadas cadenas por las heladas estepas de Siberia, mientras los tiránicos señores se entretenían en un constante beber de *vodka* y alegre bailar con alarmantes saltos, acompañados por grupos de bulliciosas gitanas.

¡Pero en Costa Rica, a la verdad, ¿qué aristocracia cerrada y ociosa pensarían derrocar?

Ciertamente era un despropósito calificar de aristocracia pervertida, inútil y superflua a damas y caballeros, que de diversas maneras contribuían al progreso y bienestar del país, y que trabajaban dura y a veces infructuosamente, a la par de empleados y sirvientes, en la constante y aburridora lucha por el pan de cada día.

Sin ir más lejos, allí estaban Pedro y Carmen, pertenecientes a las más distinguidas familias del país, que no cesaban jamás de estar ocupados.

Ella, todo el día corriendo desalada por la casa en el desempeño de sus obligaciones. ¡Qué

de hervir botellas y chupones y diario componer de leches con *Dextro-Malto* y demás! ¡Qué de correr para que los niños mayores pudieran estar a las siete de la mañana en la escuela, bien bañados y desayunados, después de no haber podido materialmente cerrar los ojos en toda la noche, por los lloriqueos de los gemelos que dormían, cada uno en su cuna, a un lado y otro de la cama matrimonial. ¡Y cuántas veces no tenía que ir volando a la cocina a hacer aunque fuera una chiricaya porque la cocinera no sabía hacer más dulces que los de icaco o de mora y atolillo de maicena! Y docenas de deberes más que de sólo pensarlo mareaban a Ysabel.

Y el pobre Pedro, ¿pues no tenía que levantarse antes de la seis de la mañana, y trabajar todo el santo día, con frecuencia hasta en la noche, para atender a sus deberes oficiales y no descuidar del todo las fincas que fueron de su padre y eran el verdadero sostén de la familia? ¡Cuántas veces no lo había visto, pocos años antes, conduciendo él mismo el camión en que traía la piedra o la madera que había vendido, o repartiendo la leche de su hacienda, o corriendo por salas y juzgados para evitar que un término se venciera en algún asunto de poca monta que había tomado a su cargo!

Ciertamente no eran estos ocios los que justificarían una revolución social como la que vivía Rusia y ya se predicaba en Costa Rica.

La distrajo de sus reflexiones la voz de Pedro, quien hablaba desde el otro lado de la mesa. Se defendía riendo de los cargos que medio en serio, medio en broma, le hacían algunos amigos.

Ysabel se quedó contemplándolo con una expresión de cariñoso orgullo.

—¡Qué galán es—pensó satisfecha—y qué magnífico muchacho ha resultado!

Había contraído matrimonio muy joven, apenas cumplidos los veintidós años, con Carmen, la hermana menor de Joaquín Robledo, y vivía una vida de relativo bienestar, encantado y ufano con su linda y bondadosa mujercita y sus cinco retoños. Enmendado ya de sus juveniles tendencias a correrla, por lo menos en donde se pudiera notar, era el respetado jefe de las varias ramas de su familia, y siguiendo la tradición establecida por sus remotos antepasados y seguida por su abuelo y su padre, era Ministro de Estado y, como ellos, abrigaba pretensiones de llegar a ser alguna vez Presidente de la República.

Acababan de pasar las elecciones y todavía se comentaban a diario y con calor las peripecias de la contienda política. En todas las conversaciones se hablaba del chorro, los resucitados, los crímenes fraudulentos, la expulsión de fiscales y otras mil maniobras indispensables, al parecer, para asegurar la libre elección de los mandatarios, por un pueblo esencialmente democrático.

Los ánimos comenzaban a caldearse cuando alguien propuso:

—¡Vamos a bailar... esta marimba sí que es tilinte para los boleros!

—¿Quiere bailar, machita? ¿No?... ¡Bueno, me sentaré a su lado a hacerle compañía...

—¡Miguel!

—¡Miguel Garoza!

—¡Hombre, qué perdido andabas...!

*

Tenía fresco el recuerdo de su primer encuentro.

Volaba el bimotor en que venía Ysabel de Nueva York sobre la Meseta Central cuando la sorprendió una voz que a sus espaldas decía:

—¡Señora, asómese y vea su tierra, qué distinta de todo lo que dejamos atrás! ¡Es un bello país el suyo!

Al volver la cabeza se cruzó su mirada con la de un caballero que había subido al aeroplano en Managua. Tendría, a lo sumo, unos cuarenta y cinco años. Era alto y delgado. Sus ojos penetrantes, de un color indefinido, estaban rodeados por una telaraña de finas arrugas. Hondas líneas marcaban en su rostro, curtido por el sol, un dejo amargo en su boca.

Lo había estado observando mientras esperaban la salida del aeropuerto de Nicaragua, y

su fuerte personalidad la había impresionado; pero correcta y desdeñosa, no le hubiera pasado siquiera por la imaginación entablar amistad con un desconocido. Entusiasmada, sin embargo, con el magnífico panorama que se extendía allá abajo, se encontró, sin saber ni cómo, en animada conversación con él.

Al descender del avión, dándose cuenta de lo indebido de su conducta, asumió su aire habitual de reina y con un saludo seco se despidió de él.

Pocos días más tarde se lo presentaron en una reunión y desde entonces existió entre ellos viva y mutua simpatía. Formaron parte del mismo grupo social que se reunía para divertirse en fiestas y paseos.

—¿Qué se había hecho, Miguel?—le preguntó ahora.

—¡Sabe, machita, empiezo a creer que de veras le hago falta! Es la primera vez que se interesa por mis idas y venidas. Andaba en el Pacífico, internado en las montañas. Hacía mucho tiempo que no iba por allá... ¡Qué de recuerdos de mi pasada juventud me trajo esta jira! Como usted sabe, fui de los primeros que exploraron esas selvas para abrir el camino a la civilización...

Cuando llegué, un muchachón apenas, con el corazón rebosante de ilusiones, me parecía vivir en un mundo lleno de milagroso encanto. Nos